

EL MALESTAR DE LA IZQUIERDA

Peter Glotz

Las ideas económicas que han guiado la acción de los diversos gobiernos democráticos venezolanos a partir de 1958, en lugar de orientar las energías nacionales hacia la creación de una economía sólida y productiva, basada en la iniciativa individual, la sana competencia en un marco legal con reglas iguales para todos, y la implacable sanción al usufructo indebido de la riqueza nacional, nos encauzaron más bien por la vía a la vez más fácil, irresponsable y reconfortante a corto plazo de acrecentar el poder económico del Estado en base a la explotación pasajera de una economía rentista, utilizada para mantener satisfechos los apetitos de una amplísima clientela populista cuyas expectativas ya han llegado a desbordar el potencial del petróleo como alimento del sistema. Tanto Acción Democrática como Copei, además de otros partidos y movimientos que han participado directa o indirectamente del ejercicio del gobierno nacional en los últimos 25 años, han contribuido a extender a pasos agigantados las funciones y compromisos del Estado, aumentando así los recursos del mismo y su capacidad para conceder beneficios materiales a una coalición adormecida por la mentalidad rentista. Al convertirse en el "correaje de transmisión" populista entre el petróleo y la sociedad venezolana, el Estado, *que equivale en nuestro caso a los partidos políticos que le controlan*, nos han llevado a una situación de total dependencia respecto a un ingreso cambiante y perecedero, una situación cuyo impacto va mucho más allá de lo económico y se incrusta en la propia psicología colectiva de una ciudadanía que en buena medida ha adoptado la mentalidad rentista generada por los errores y desaciertos de sus dirigentes.

Aníbal Romero en "La Miseria del Populismo"
Ediciones Centauro, Caracas.

CENCIA POLITICA

La izquierda europea está filosóficamente desorientada. La crisis del marxismo la ha privado de su propia visión de la economía y corre el peligro de perder su antigua ventaja sobre la organización de los sindicatos y partidos de trabajadores cualificados. Sólo la realización de un imperativo, como es el desarrollo de un nuevo internacionalismo, evitaría su descomposición total. La izquierda precisa de un concepto, tan autocrítico como manejable, del Estado. Para ello, al parecer del autor de este extraordinario ensayo¹, debe pronunciarse en favor de la soberanía del consumidor, por la libertad de decisión en las inversiones, en pro de la libertad de disposición de la riqueza monetaria y abogar por una economía de mercado dirigida por el timón de la política económica.

* * *

1. Punto de inflexión del espíritu de la época

EL NEOCONSERVADURISMO SE PETRIFICA CONVERTIDO en política simbólica. De la idea de que una moderna economía nacional puede ser gobernada a través del volumen de capital sólo hablan ya un par de catedráticos; entretanto, los críticos más duros del keynesianismo militar norteamericano son banqueros europeos. Y ya hace tiempo que se han apagado en el telar de la Historia los ecos de aquel patetismo de la "moral majority". No obstante, Margaret Thatcher, Helmut Kohl, Ciriaco de Mita y Jacques Chirac ganan sus elecciones. ¿Habrá que buscar las causas en la izquierda europea?

No cabe la menor duda de que nos hallamos en un punto de inflexión del espíritu de la época. El neoconservadurismo, surgido como respuesta a los inquietos y rebeldes "años sesenta", va perdiendo su vigor. Ha fracasado muy especialmente en el sector donde se le suponían las máximas posibilidades: en la regulación económica. Pero en la actualidad no parece que la izquierda vaya a heredarle en Europa; su heredero podría ser, por el contrario, un liberalismo populista, al que los viejos valores le importan un "rábano" y que desearía desplazar el peso de la dirección económica desde el Estado al Mercado. La izquierda tiene que saber que bastará con una década de semejante "desregulación" para que IBM sea definitivamente más poderosa que el gobierno alemán o el francés. ¿Asusta esto a la izquierda? Quizá pueda aminorarse el desempleo dentro del patrón del Estado nacional;

III TRIMESTRE 1988

pero no podrá ser eficazmente combatido en las viejas estructuras. Todos lo saben, pero los políticos no lo admiten, lo cual, a su vez, tampoco extraña ni inquieta a nadie. "Votar tranquiliza", dice el sociólogo conservador Niklas Luhmann. ¿Pero es conservador? Que seamos un sistema sin centro que carezca en absoluto de la posibilidad de reaccionar "como un todo" ante situaciones de riesgo, lo vienen a decir también los Verdes; los ecolibertarios exigen un "desarme de lo político". Y un izquierdista, el investigador berlinés del estilo de vida Hermann Schwengel, apunta con frialdad: "La clase política y su retórica sería ya casi la superestructura, ridículamente ingenua, de una sociedad perfecta. Una superestructura que aún se imagina ser "cabeza", cuando en el mejor de los casos sólo mantiene una red regional de distribución". Así me he sentido de vez en cuando en la Central del SPD¹.

En las mañanas de los domingos todavía reluce al sol la maravillosa armadura del Estado; los días laborables, muchas palas muelen en el vacío. Para quienes de todos modos ven ascender misteriosamente desde el Mercado el Bien Común, eso no parece constituir un problema. Pero, ¿y para nosotros? Ya se ve que el moralizar fundamentalista (al que se entregan los redactores-jefes de los folletines de los diarios y los evangelistas verdes) no disminuye la injusticia social. Se quiere apartar del poder a los "técnicos de las relaciones", es decir, a quienes quieren sustituir la política por el encanto personal. Se quisiera contener a los partidarios tardíos de Adam Smith, a los fanáticos de la privatización. Pero, ¿está en condiciones de hacerlo la izquierda europea?

La izquierda está filosóficamente desorientada, desde que se le ha destruido el concepto de progreso y el humanismo de la Ilustración se ha generalizado en un concepto para todos los usos. Desde el punto de vista económico, la izquierda está tocada del ala porque la crisis del marxismo no le ha quitado de en medio al adversario, pero sí parece haberle privado, por el contrario, de su propia visión de la Economía; y corre peligro de perder su antigua ventaja: la disciplinada organización de los sindicatos y partidos de trabajadores cualificados. Así, en la postmodernidad la izquierda se halla un tanto desconcertada; un día se ve retada por reformistas alternativos de la existencia, otro por los nuevos empleados, dinámicos y orientados hacia el ascenso.

2. ¿Existe de verdad "El hombre de las nieves"?

HABLO SIEMPRE DE LA IZQUIERDA EUROPEA. Pero la cuestión es: ¿Existe realmente este hombre de las nieves? ¿Existe o no el yeti? ¿Pueden ponerse de acuerdo los socialistas franceses y los socialdemócratas alemanes sobre los *pershings*? ¿O dispersan su atención con brigadas mixtas simbólicas? ¿Cooperan el sindicato metalúrgico alemán IG-Metall y la central sindical ita-

liana CGIL en una política conjunta para reducir y flexibilizar la jornada laboral, o se limitan a intercambiar gestos ritualizados y rígidos de solidaridad? ¿Se pone en marcha un diálogo político entre los "grandes intelectuales" de la izquierda? ¿Responde Régis Debray a Jürgen Habermas? ¿Lee la izquierda alemana *Marxism Today*, la revista marxista más abierta de Europa? ¿Se dejan los franceses interesar por el pensador visionario italiano Gramsci, o se sienten ya totalmente servidos con Nietzsche y Heidegger?

El consorcio norteamericano de electrónica IBM tiene una filial alemana. La SEL está vinculada con los franceses. FIAT vende en Alemania, BMW vende en Italia. PHILIPS (Eindhoven) y SIEMENS (Munich) impulsan conjuntamente el proyecto "submicron" para producir *chips* aún más diminutos. La industria alemana de construcción de maquinaria dispone de contactos a escala mundial; pero la Confederación de Partidos Socialdemócratas de Europa o la Confederación Europea de Sindicatos son más bien direcciones que organizaciones. El movimiento obrero se puso en marcha bajo la bandera del internacionalismo. Hoy es internacionalista el mundo de los negocios, la izquierda está encerrada en la cápsula de lo nacional.

La Economía hace tiempo que ha entendido que se ha hecho obsoleto aquel viejo buen principio de *local for local*. Pero la política no puede todavía despedirse de la periclitada ideología del Estado nacional.

El malestar de la izquierda en Europa reside en primer lugar en su incapacidad de europeizar la política. Si las derechas aún toleran en sus márgenes a conservadores que sueñan con la identificación entre Estado y Nación, ello es inofensivo. Las derechas de hoy, al no gobernar, sino dejar que sigan su curso los procesos económicos, están cumpliendo su programa (a veces no formulado). Para la izquierda tal ignorancia es mortal. Quien se presenta con la pretensión de realizar una actividad de responsabilidad histórica, pero en vez de ello solamente suministra retórica, se pone para siempre en ridículo. O la izquierda se revitaliza como fuerza europea o tendrá que abandonar el escenario bajo honoríficas alabanzas de sus méritos históricos.

Los "viejos" movimientos europeístas eran movimientos pacifistas que se encendían en la miseria de las guerras europeas; pasados un par de años de armisticio, el entusiasmo se apagaba en el conflicto de los intereses económicos. En la década de los setenta del siglo XX ha empezado, sin embargo, a patinar el propio sistema económico. Se cuartejan los cimientos de la "casa europea". La divisa es ahora: "esto son lentejas, si las quieres las tomas, y si no, las dejas".

La nueva situación está caracterizada por una radical pérdida de poder por parte de cada uno de los Estados para controlar los procesos económicos. La transición del sistema de cambio fijo al de cambio flexible ha hecho saltar por los aires el último vínculo sólido entre los Estados industrializados. Con la celeridad de un relámpago han surgido mercados transnacionales y extraterritoriales de finanzas y de créditos, que determinan hoy el acontecer económico en mayor grado que cualquier Estado nacional. Los Estados tienen su soberanía en materia de intereses y disponen con ello de la posibilidad de practicar una eficaz política nacional anticrisis. La inseguridad de los tipos de cambio desanima a las inversiones en la

1/ El texto corresponde a un ensayo publicado en la revista Sistema (No. 82, enero de 1988), editada por la Fundación Sistema de España.
2/ Partido Social Demócrata de Alemania.

producción masiva. La izquierda denuncia el desempleo de masas, pero su vieja receta, el keynesianismo nacional, ya no funciona. ¿Qué hacer?

Simultáneamente, la autonomía de la cultura europea se ve dramáticamente amenazada. Nuevos desarrollos técnicos (como la técnica de satélites, la digitalización, la computarización de la transmisión, el cable fibravídeo, etc.) hacen posible una agilización, una multiplicación e internacionalización de la comunicación hasta ahora inimaginable. Se inicia una gran batalla por el poder sobre la infraestructura técnica y sobre el programa. En uno de los frentes combaten los viejos gigantes de la electrónica; en el otro, los nuevos osados *condottieri* del capitalismo de los *mass media*: Murdoch y Kirch, Maxwell y Berlusconi. Lo que se nos viene encima es una expropiación parcial, totalmente legal, de la opinión pública europea. ¿Sabe alguien dónde está la izquierda?

El diablo sabrá dónde está. Esta pregunta carece de respuesta mientras que la izquierda inglesa sueña con pretéritas luchas de clases; la francesa se arregle con un gaullismo modernizado; la alemana mire con la timidez de un niño al poder político, al sentido de lucro y al neoindividualismo, y todas sin distinción rehúyen el riesgo y los compromisos de un proyecto común.

Sólo una cosa es segura: la izquierda europea tiene que hacer un esfuerzo supremo o de lo contrario se irá a pique.

3. Un gran solar de obras

EL NUCLEO DEL DESCONCIERTO DE LA IZQUIERDA ES, POR MUY CÓMICO QUE PAREZCA, una desorientación "filosófica". Los partidos y sindicatos democráticos socialistas, con un gran esfuerzo, se han liberado de todas las formas dogmáticas del marxismo; pero la apertura ideológica, apremiantemente necesaria, se les ha convertido en una ciega pragmatización. La tolerancia ha degenerado en indiferencia: el principio de que "cada cual puede fundamentar su socialismo como quiera" ha llevado a la exageración de que "no importa por qué está con nosotros; lo principal es que esté con nosotros". Así, la izquierda no sólo se liberó de una cosmovisión "científica"; también se le extravió la Ilustración como idea del pensamiento progresivo. La izquierda se siente ahora libre, pero lo es como un excursionista que olvidó su monedero en el calvero de un bosque y todavía no se ha dado cuenta, porque aún no ha tenido que echar mano de él para pagar. Camina y camina adentrándose en la tarde...

La afirmación de que la izquierda no sea otra cosa que el producto de la industrialización de los últimos ciento cincuenta años no es cierta ni siquiera por lo que atañe a la socialdemocracia. Pero naturalmente la izquierda es una criatura de aquella modernidad que, con Descartes y consigo misma, se fijó como meta desencantar al mundo, quitar el miedo a los hombres e instalarlos como señores. El "humanismo" de la Ilustración está construido en torno a un sujeto, imaginado como "autónomo". Quien abandona esta idea, mina a la izquierda el terreno sobre el que pisa, priva a la izquierda de los fundamentos sobre los que se asienta.

Pero contra este sujeto se celebra desde hace décadas un proceso de gran envergadura. Los testigos de cargo son legión: tanto si severos marxistas repudian el humanismo del joven Marx y demuestran la dinámica propia de las estructuras económicas, objetivas; si nietzscheanos (como Michel Foucault en *Locura y Sociedad*) quieren demostrar que en la tenebrosa Edad Media se tenía una actitud más humana ante la demencia que en la Edad Moderna, con lo que ridiculizan la idea del progreso; si el psicoanálisis (como el freudiano francés Jacques Lacan) desenmascara la filosofía del "ego cogito" y expulsa sin contemplaciones al sujeto del "centro"; como si la Filosofía de la Naturaleza degrada al hombre a naturaleza en la naturaleza: la pretensión del sujeto de ser "señor" de sus pensamientos y acciones es discutida en toda la línea.

Estas acusaciones no son en absoluto arbitrarias. Para Descartes el hombre era "domeñador y dueño de la Naturaleza". La finca está bastante arruinada por una mala administración. La humanidad se asusta cuando rememora los nombres de Auschwitz, Hiroshima, Nagasaki, My Lai, Chernobyl, Bophal y otro par de centenares más. Existe una implicación de la Ilustración en la tiranía. Por eso, únicamente una "Ilustración ilustrada" puede sobrevivir. Por eso, Europa tiene que superar el concepto *cuantitativo* de progreso y sustituirlo por un concepto *cualitativo*.

Pero ante la total "destrucción" de la modernidad, tal como se viene consumando en los últimos años, la izquierda carece de respuestas. Como movimiento necesariamente activista, cuyo punto de mira son las esperanzas sociales, la izquierda está inerme si se contempla al progreso de la Historia como un círculo. ¿Para qué atormentarse entonces? Quien considera al Sujeto (que un día arrojara con orgullo a los vientos aquel "¡Ego Cogito!") tan sólo como una cosa entre las cosas, se preguntará si vale la pena esforzarse por modificar el mundo mediante el "trabajo". Y si el hombre es absorbido por las estructuras y por consiguiente no piensa, sino que es pensado; no habla, sino que "es hablado", entonces surge, quizá no consciente, pero inconscientemente, la pregunta de si todo el ruido por los derechos humanos ¿tiene en realidad algún sentido?

La "anulación" de este problema en la fe cristiana, es posible. El creyente cristiano no necesita el progreso; tiene la redención por Cristo. Pero, ¿quién en las sociedades modernas, quién en las organizaciones de masa de izquierda (y en las de derechas) lleva en su morral esta ración de reserva?

Pero esto significa que si la izquierda, tras cuatrocientos años de trabajo en el solar de la Ilustración, siente ahora vértigo en el andamio, se le retirará el permiso laboral. Si la izquierda abandona la línea que han trazado Descartes, Kant, Hegel y Marx, Newton, Galileo, Darwin, Freud y Einstein, en vez de desarrollarla, se abandonará a sí misma.

4. Un anuncio para buscar a Marx

EL ÉXITO O EL FRACASO DE LA IZQUIERDA EUROPEA dependen de si ésta conserva y reelabora una relación realista con la Ciencia y la Técnica. No hay camino de retorno hacia el férreo concepto marxiano de "maquinaria",

hacia la euforia tecnocrata del futurismo, hacia la inquebrantable confianza en la técnica de los antiguos programas socialistas, entre ellos también el Programa de Bad Godesberg del SPD. El tremendo lastre, no intuido a tiempo, que representan para nuestros suelos millares de productos de la industria petroquímica; el problema de la depolución nuclear todavía no resuelto, no obstante llevar ya décadas funcionando las centrales nucleares; la amenaza derivada de la manipulación de genes humanos, son factores que obligan a observar una actitud de ponderada cautela. Rige la máxima de la dialéctica de la Ilustración: “Cualquier tentativa de quebrantar el imperativo de la Naturaleza, quebrantando la Naturaleza, nos somete aún más al imperativo de la Naturaleza” (Adorno/Horkheimer).

Pero la izquierda ha de ponerse a la defensiva contra la tecnofobia de moda en la crítica cultural, en parte social-científica, en parte estética, en parte religiosa. Ha de ser una exigencia fundamental de la izquierda el que la investigación básica se emancipe de cualquier tutela por parte del Estado. Lo que nos faltaba: ¡concilios de cardenales laicos sobre microbiología! No obstante, necesitamos un nuevo diálogo, que ha de iniciarse pronto y con sensibilidad, entre la Ciencia y la Política; más exactamente: entre la Ciencia, la Política, la Economía y los Sindicatos. Pero sin que se prohíba ninguna pregunta.

Sobre todo, la izquierda ha de ser la fuerza que aproveche la Técnica para dinamizar el trabajo. Es posible imponer conceptos de producción en los sectores esenciales de la Industria —es decir, en la industria de herramientas, de maquinaria o automovilística y en la química a escala industrial— que conlleven una mejora de la cualificación de los trabajadores y una ampliación de la escala de las tareas. La progresiva parcelación del trabajo no es un destino irrevocable. La racionalización del trabajo dependiente basada en la microelectrónica (ya no sólo puntual, sino “sistemática”) no tiene por qué desembocar necesariamente en la “mecanización del trabajo intelectual” o la “automatización de la cabeza”. Puede lucharse por conseguir que se revoquen estrechos repartos de funciones, para que se encomiende a la computadora la rutina tediosa. Por supuesto que, aunque en las fábricas de automóviles los criminales “trabajos en el techo” sean asumidos en el futuro por los robots, en la industria de la margarina seguirá existiendo el trabajo sucio. Precisamente si el perito en un departamento de Seguros se ve revalorizado como *allround specialist*, la vinculación a su empresa, que le promete el ascenso individual, puede degenerar en una especie de neofeudalismo. Al movimiento obrero no se le regala nada. Las fuerzas emancipadoras de la técnica moderna solamente pueden ser liberadas si sindicatos de gran implantación llevan a cabo con realismo un trabajo milimétrico de política laboral. Una actitud solemne y timorata que espera siempre de cada ulterior generación de computadoras el fin del mundo, no capacita para ese trabajo milimétrico. En esto, el movimiento obrero alemán está aprendiendo del italiano y del francés.

A la izquierda alemana, que llevó su edición de Marx al anticuario y que ahora, si acaso, solamente lee a Günther Anders, hay que aconsejarle que ponga un anuncio en el anticuario para buscar de nuevo a Marx. Pues

la computadora es, en principio, una máquina a la que cuadra perfectamente la definición marxiana de herramienta de trabajo: “un instrumento que reacciona, ampliándolas, ante las facultades productivas del que lo utiliza”. Los economistas norteamericanos Michael Piore y Charles Sabel llegan incluso a afirmar: “La aparición de la computadora ha restablecido el control humano sobre el proceso de producción; la máquina vuelve a estar subordinada a quien la maneja”. Esto es todavía música del futuro. Pero la izquierda no debe seguir dejándose confundir por el necio discurso de los especialistas de procesamiento electrónico de datos y de organización, de una parte; y de los utopistas negativos —Rilke los llamaba “principes plañideros del país”—, de otra parte. Los primeros se deleitan con la sensación de poseer una ilimitada competencia de creación técnica e irradian “espíritu de pioneros”: duro individualismo, *fitness*, individualismo de posesión y admiración sentimental de las mujeres. Los segundos encarnan el tipo de un *happy-end* de las películas alemanas de Mathias Wiemann, en los años cincuenta: conjuran al “hombre de cristal”, “la sociedad cableada”, “la oficina desierta de personas”, en suma, la utopía negativa obsesionada por la tecnología. Ambos tipos son igual de peligrosos para una izquierda que aspire al poder: puede combatirse la enajenación del hombre que trabaja, pero para ello es ineludible combatir.

5. Política de la jornada laboral y del tiempo libre

TAMBIEN LA SOCIEDAD DEL FUTURO SERA —EN EUROPA— una sociedad industrial; y una sociedad laboral. Eso de que la industria se anquilosará y se convertirá en una magnitud marginal, es una profecía falsa. El trabajo ha de seguir constituyendo una categoría clave para la izquierda. La visionariamente ansiada sociedad de los dos tercios, en la que dos tercios de trabajadores proporcionarán con su trabajo a un tercer tercio de la sociedad una renta básica garantizada, no sería ni más pacífica ni más justa que la sociedad dual realmente existente, en la que el estrato económicamente dirigente intenta “cooptar” a la mayoría de los trabajadores y declara brutalmente a una minoría de desempleados, de pequeños jubilados (y jubiladas), jóvenes sin puestos de aprendizaje, trabajadores migrantes y grupos marginales. En la Historia, el trabajo era —y lo sigue siendo con harta frecuencia— una fatiga que las personas asumen para sobrevivir. Pero la “cancelación” del trabajo no es sólo ilusionaria, ni tampoco una utopía sensata. No se trata de la abolición del trabajo, sino de la lucha sistemática contra las penalidades de trabajo. No se trata de elogiar la pereza, sino de reconocer y multiplicar nuevas formas “creativas” de trabajo. El trabajo asalariado puede adquirir un mayor grado de autodeterminación; pero también existe el “trabajo” lleno de sentido, que no se intercambia por dinero. Y “tiempo libre” y “trabajo” no han de interrelacionarse forzosamente de suerte que el tiempo libre siga estando sometido al “terrorismo” del ritmo de trabajo. En su esencia, el trabajo es un metabolismo entre el Hombre y la Naturaleza. El hombre necesita encontrarse con algo delante de sí que pueda modelar y modificar. “La libertad y autonomía de los sujetos precisan de la “objetividad”, que toman como punto de referencia y en la que se hallan confirmados o negados”. (Oskar Negt).

La izquierda europea dispone —si lo entiende— de una utopía concreta, que podría movilizar a millones: la reducción de la jornada laboral. Pero reducción de la jornada laboral no sólo como instrumento tecnocrático para una distribución más justa del trabajo, sino como la meta, transformadora de la sociedad, de crear para los hombres más “tiempo disponible”. Aquí reside una oportunidad histórica que hasta ahora no se había presentado en la Historia de la Humanidad: conseguir que el “tiempo de orientación” de una persona sea mayor que su “tiempo de trabajo” y el tiempo de esparcimiento y descanso que cada uno necesita.

¿Que la izquierda carece de metas? Aquí tendría una, no sólo sobre el papel, sino ya existente en las luchas sociales. En este campo, el sindicato de los metalúrgicos de la RFA (IG-Metall) inició en 1984 una discusión histórica que ha de europeizarse. Con realismo, sin arrobos estrábicos, pero también sin vacilaciones; los límites están marcados: no puede distribuirse dos veces un marco, una lira, una peseta; cuanto menos crecimiento de la productividad, menos reducción de la jornada laboral. La capacidad competitiva de la industria europea ha de ser mantenida. El número de explotaciones marginales que se pondrían en peligro por una rápida reducción de la jornada laboral, ha de seguir siendo calculable; es inevitable una flexibilización de la jornada laboral razonablemente exigible a la empresa y a los trabajadores. Pero con un gran esfuerzo sería posible convertir la lucha de los metalúrgicos alemanes por reducciones sistemáticas de la jornada laboral *sin recortes salariales*, es decir, *sin* descenso en la escala social, en un tema de toda la izquierda europea; no sólo en una cuestión especial de la política social, sino en una gran iniciativa política, cultural, social.

Una nueva “política del tiempo” no es un sector aislado de lucha para trabajadores cualificados, sino una idea humanista que trasciende y vincula a todas las capas sociales: establecer por principio un nuevo equilibrio entre el trabajo y el ocio. Sería el punto más importante y novedoso de un movimiento político al que no le resulte ya penoso el concepto de “emancipación”.

6. Quiere ser Junta Directiva

LA IZQUIERDA HA DE HACER SUYO EL PROYECTO de renovar las estructuras de producción de la sociedad industrial europea. Ha de superar estrategias *subalternas*, reactivas, y formular una *visión propia* del futuro económico. Para tal fin, en muchos países europeos se necesita una conversión o reconversión de la izquierda, que tendrá que apartarse de una mentalidad, que *solamente* presta atención a la protección de los trabajadores ante las estrategias del *management*, y orientarse hacia un concepto propio.

Esta orientación hacia el sector productivista de la sociedad moderna requiere en primer lugar un reajuste de las relaciones con el capitalismo. La izquierda puede llamar tranquilamente al capitalismo, capitalismo (en vez de “economía desarrollada de mercado”); pero también ha de interiorizar que el “empresario emprendedor” es de vital importancia para cualquier economía. Puede exigir sin reparos que se ponga coto a la prepotencia económica

del capital financiero; pero ha de andarse con tiento para no empujar también al campo del adversario político a los técnicos del *management* medio, al sector de los oficios altamente tecnológicos o al nuevo ramo de la información y de los servicios. La izquierda puede inscribir en sus banderas la reforma del aparato de la banca privada; pero entonces también tendrá que presentarse como el abogado de la pequeña y mediana empresa en la política de fundación de existencias, de investigación o fiscal.

En una palabra: la estrategia del ataque frontal contra “el capitalismo” es anticuada; las esperanzas centralistas de la izquierda se difuminaron lo más tarde en 1981-1982 con el fracaso de la Izquierda Unida en Francia. Sigue en pie la tarea de domar la Lógica de explotación exhaustiva inherente a la incontrolada modernización capitalista; pero también sigue siendo válido el irrefutable reconocimiento de que una economía productiva no puede organizarse contra la oposición de un frente cerrado de élites del sector productivista.

Cuando la situación es de capa caída, nada puede ocultarse, ya sea en la construcción naval, en el sector de las bombillas, de los engranajes automáticos, de las piezas de automóvil o de determinadas clases de acero. La izquierda suele apuntar con acribia en su lista lo que, con motivos fundados, no quiere: el “Estado del Plutonio” o la agricultura química; la navegación espacial tripulada o cualquier aplicación de la tecnología genética. Pero ¿Qué es lo que quiere la izquierda? ¿Cómo atajar el desempleo, aprovechando al máximo las capacidades, si se derrumban los mercados de masas?

La pregunta es ¿qué es lo conveniente? ¿Debe exigirse en determinadas regiones un nuevo paradigma de desarrollo tecnológico, una nueva forma de producción artesanal y de especialización flexible, es decir, una evolución que tuvo éxito en la “Tercera Italia”, en Baden-Württemberg y en Japón y que, entretanto, se impone cada vez más en importantes ramos, por ejemplo en el sector de los semiconductores? ¿Apuesta la izquierda por grandes inversiones en una nueva infraestructura de la comunicación, por consiguiente el ISDN e ISDN de banda ancha? ¿Se bate por un apoyo directísimo de las técnicas de energía solar con hidrógeno? ¿Diseña un concepto en el que, consultando a los sindicatos, se impulse sistemáticamente el *computer integrated manufacturing* (CIM), es decir, una automatización perfectamente enfocada de la producción en diversos ramos mediante centros de asesoramiento regionales? ¿O espera a que una derecha política, aliada del *management* de la Gran Economía, haga propuestas y formule las objeciones (a menudo necesarias)?

Entre los comités de empresa de la República Federal de Alemania hubo hace años la discusión de si en el caso de nuevas tecnologías habría que decir “Sí, pero...” o “No, si no...”. Tal vez era comprensible que se formulara tal alternativa; los derechos de cogestión de los comités de empresa no permiten hoy en día ninguna estrategia activa de modernización. Pero ¿qué pasa con la izquierda política? En las sociedades industrializadas europeas no quiere asumir la función de los comités de empresa. Quiere ser Junta Directiva. ¿O?

7. Consunción

EL "DESHUESAMIENTO" DEL ESTADO. SU CONSUNCIÓN en parte neoliberal, en parte rousseauiana, pone enferma a la izquierda europea. En este punto, los franceses están en mejores condiciones que los alemanes o los ingleses. Pero los fantasmas de la "desestatalización" pululan por toda Europa. En la República Federal hemos llegado a tal extremo que un plumífero del diario *Frankfurter Allgemeine* se permite el lujo de escribir en un editorial: "Ni que decir tiene que grandes partes de los costosos programas de investigación para toda suerte de tareas del futuro pueden ser tachadas sin ningún peligro". El *Abdallo* escribe tareas del futuro entre comillas. La izquierda se calla. El discurso antiestatalista le ha sellado los labios.

La izquierda tiene que superar su dilema. La megalomanía centralista, como si el Estado pudiera efectivamente gobernar a la economía, ha de ser archivada. Los socialistas de Europa occidental no deben permitir que les adelanten los comunistas húngaros en el debate en torno a la economía de mercado. La izquierda tiene que pronunciarse en favor de la soberanía del consumidor, por la libertad de decisión en las inversiones, en pro de la libertad de disposición de la riqueza monetaria; pero también ha de abogar por una economía de mercado dirigida por el timón de la política económica. La izquierda precisa un concepto, tan autocrítico como manejable, del Estado.

Analicemos relatos de éxitos económicos en las pasadas décadas. ¿Cómo surgió el gigantesco éxito del Japón con equipos mandados numéricamente? ¿Es que las pequeñas empresas de la industria de los cubiertos aprendieron practicando la meditación de los métodos del tratamiento electrolítico de superficies? ¿Fueron por ventura predicadores ambulantes quienes difundieron el conocimiento del molde de fundición al vacío en la prefectura de Nagano? No, ya en los años cincuenta el Estado había subvencionado 180 centros locales de investigación. ¿Cómo surgió el éxito de las pequeñas acerías de Brescia, de la industria de equipos agrícolas y para la construcción en Emilia-Romagna, y de la cerámica en Sassuolo? Gracias a la macrofamilia italiana, a la existencia de tradiciones mercantiles y a una política específica infraestructural en las regiones y en las ciudades. Se construyeron parques industriales con cantinas comunitarias; fueron inauguradas escuelas profesionales, se procedió a la mejora de las comunicaciones y, lo mismo que los japoneses, se concedió ayudas a la investigación. E incluso las explotaciones agrícolas en los Estados Unidos —míticos ejemplos de libre competencia— no hubiesen podido jamás sobrevivir sin el detallado asesoramiento técnico y en materia de economía de la empresa, puesto a disposición por el Gobierno federal norteamericano. ¿Por qué amilanarse? ¿Cómo se imaginan los modernos desestatalizadores la competencia entre Japón, Estados Unidos y Europa en el sector de los circuitos de mando de integrados? La progresiva miniaturización cuesta millares y millares de millones. Incluso grandes consorcios europeos no pueden competir en este campo con los japoneses y los norteamericanos, que reciben ingentes sumas de fomento de su ministerio de comercio o a través del presupuesto de defensa. Pero si

Europa cae en este campo bajo la dependencia de sus competidores, habrá que olvidar definitivamente, como huera fraseología, aquello de la "autoafirmación europea". ¿No podría comunicarse esto alguna vez a los desreguladores?

Pero estos consorcios a veces son también olvidadizos. Los mismos que hoy —como podemos escuchar en más de un discurso dominical— desearían reducir al Estado a la categoría de mero patrono de la policía, han solido organizar sus mercados de masas con ayudas del Estado; exigieron y obtuvieron restricciones a las importaciones, así como reducciones fiscales, trayectos de ferrocarril y líneas telefónicas, empalmes con las autopistas y pedidos del Estado. ¿Lo han olvidado?

Pues sí, lo han olvidado. Desregulación es la filosofía del neoliberalismo. Es grande el peligro de que incluso las arterias de comunicación de la sociedad moderna, las redes de telecomunicaciones, construidas durante casi un siglo mediante gigantescas inversiones, sean sustraídas a la responsabilidad pública. El gobierno británico de Margaret Thatcher ya ha dado los primeros pasos decisivos en esa dirección. ¿Quién financiará la digitalización, la fibra de vidrio y la integración de las distintas redes físicas? ¿Quién adelantará millares y millares de millones que tardarán décadas en regresar? ¡Viva el mercado mundial: AT & T!

Quien practica semejante política, arroja a Europa al marasmo de enervantes luchas de clases. El Estado social e infraestructural europeo no debe ser liquidado; ha de ser modernizado y europeizado. Pero ello requiere una izquierda que haya conservado un concepto del Estado.

8. Modernización

UNA DE LAS GRANDES TAREAS DE LAS PRÓXIMAS DOS DÉCADAS es la *modernización* ecológica de la sociedad industrial. Esto que decimos no es ni un delirio, producto de la espiritualidad cristiana, ni una manía alemana, sino la condición *sine qua non* de que la producción no destruya los fundamentos de la propia producción. El *management* europeo, que suele complacerse en citar al Japón como la tierra de promisión cuando se trata de la jornada laboral o de la disciplina en el trabajo, debería fijarse mejor en el ejemplo nipón, donde se ha avanzado más. La modernización ecológica no significa combatir los síntomas, sino cambio estructural. No es visión *a posteriori*, sino *previsión*. El Estado —si es que se salva— ha de formular objetivos a largo plazo, que pueda ir alcanzando la Economía mediante su trabajo en el sector de la economía de mercado. Se trata nada menos que del cambio tendencial de la base de las materias primas: la drástica reducción del consumo de materias primas no regenerables mediante procedimientos innovadores, técnica de medición y regulación; se trata de la transición a materias primas naturales y energías regenerables; de la atención solícita a los recursos y del ahorro de energía mediante nuevos procedimientos y nuevos materiales; se trata de la transición a la materia prima "información". En una palabra: es un poderoso reto a la inventiva técnica y a la fantasía empresarial. La juventud —dicen los pensativos presidentes de las juntas directivas en

sus ciclos de conferencias en las elegantes mansiones de Davos—, la juventud necesita un gran cometido. Aquí tendría uno.

La izquierda ha de hacer suyo el proyecto de la modernización ecológica, pero no debe caer en el biologismo ni en la falsa moralización de la comunicación ecológica. La ecología no es un evangelio ni una ciencia de la pasión. No establece valores, sino que explica nexos causales. El neoliberalismo pretende canonizar al mercado; el ecologismo verde quiere santificar a la Naturaleza. En ambos casos es una mala copia de la religión. Ni se trata de volver a encantar al mundo ni de someter al hombre a la Naturaleza. ¡Pues bonito humanismo sería éste! El hombre ha de seguir interviniendo en circuitos de energía, en ciclos materiales, en ecosistemas; pero no con torpeza y destructivamente, sino con el pulso de quien hace filigranas, con espíritu creador y reflexivo. Quien predica la subordinación pasiva del hombre a los nexos causales de la Naturaleza sucumbe a un viejo eclipse del intelecto.

Así, pues, ni el gesto aparatoso de un gran viraje moral, ni el chabacano optimismo de los industriales que se abren camino a codazos; por el contrario, se propugna la minuciosa sintonización entre las metas sociales y las posibilidades que ofrece la Naturaleza; nuevas normas en el trato con la Naturaleza, un nuevo grado de inteligencia de las Ciencias Naturales, las Ciencias Sociales y la Política. ¡Menudo tema para una izquierda ofensiva que golpee en dos direcciones!

Sobre los firmes cimientos de una Ilustración ilustrada podría reducirse asimismo a un pequeño número de cuestiones plausibles el histórico debate sobre la energía nuclear. Con la generación, hoy en funcionamiento, de los reactores moderados con agua ordinaria, su uso está hoy limitado a pocas décadas; la depolución de estos reactores no está hasta la fecha garantizada. ¿Queremos permitirnos los costes de un aprovechamiento mejor del combustible nuclear a través de reactores reproductores y de reenriquecimiento? ¿Podemos responder, sin titubeos y sin reparos, de los riesgos inherentes? En vista del volumen de energía que se precisará en el próximo siglo, ¿nos atreveremos a multiplicar por treinta el número de centrales atómicas ya existentes? ¿Podemos estar seguros de que pueden evitarse a escala mundial catástrofes como la de Chernobyl? ¿Podrá excluirse a la larga el abuso del plutonio en todo el mundo?

Me gustaría ver quién puede contestar Sí, sin parpadear, a todas estas preguntas. En la República Federal, “el abandono de la energía nuclear” se ha convertido en una consigna desde hace un par de años. Estar en favor o en contra reemplaza al documento de identidad. Exageraciones germánicas. Pero si bien es cierto que la izquierda alemana tiene mucho que aprender en el diálogo con la izquierda europea para superar una filosofía existencial sentimental-moralizante, que está cundiendo entre nosotros, en lo concerniente a la energía nuclear la izquierda alemana, a plazo medio, posee los mejores argumentos.

Pese a todas las alarmas, la historia social del hombre aún no ha tocado a su fin, aunque sí se halla en uno de esos momentos críticos en los que el individuo ha de cerciorarse de que domina sus medios. Por eso, la modernización ecológica sería también un capítulo del proceso de reconstrucción de la política.

9. Precario equilibrio

EN LA ACTUALIDAD, EL NEOLIBERALISMO TIENE únicamente perspectivas comerciales; carece de un proyecto político. La izquierda europea puede convertirse en la fuerza dirigente si confiere una dimensión histórica a su voluntad de paz: la restauración de Europa.

Desde el fraccionamiento de Europa en Yalta y su consolidación entre 1944 y 1952 existe un armisticio, pero no paz. No puede condenarse a la ligera un arreglo que ha impedido durante más de cuarenta años la guerra en el continente más sacudido por conflictos bélicos del mundo. Quien quisiera tocar las fronteras trazadas en Yalta —por ejemplo, las checo-germanas, las germano-polacas o las polaco-rusas— sería un loco o un criminal. Pero son engañosas las apariencias de seguridad no amenazada en Europa. La Unión Soviética está económicamente esclerótica; su explanada europea empieza a animarse; los antiguos satélites se convierten en *partenaires*, cuyas reacciones son difíciles de prever; “el mapa plano de Europa, colgado de la pared, vuelve a cobrar relieve” (Brandt), y Gorbachov intenta la evasión de esa ciudadela ahora insegura. La estrategia de la OTAN de la respuesta flexible, montada sobre la disposición de los norteamericanos a arriesgar la propia vida por los europeos, se ha resquebrajado. Norteamérica se ve sacudida por tendencias aislacionistas; los europeos occidentales critican a los norteamericanos alternativamente o como demasiado militantes o como demasiado transigentes; entre la juventud europea prospera un derrotismo realista. “NATO *as usual*” es puesto cada día más brutalmente en ridículo. La imagen ofrecida por la OTAN cuando hubiera tenido que dar una respuesta unitaria a las propuestas de desarme de Gorbachov, fue lamentable. Tras una fachada de normalidad, protegida por los cohetes, la situación en Europa —desde el punto de vista militar— es lábil y peligrosa.

Carencia radical de ilusiones es la condición previa para una nueva utopía europea. Únicamente el reconocimiento sin reservas del *statu quo* crea la base previa para una paulatina modificación del *statu quo*, que jamás puede conducir al *statu quo ante*. Los europeos tienen que aprender a superar en su mente la dimensión Este-Oeste. En especial, los europeos occidentales han de cesar de imaginarse que inmediatamente detrás del Muro de Berlín comienza el Este (sinónimo del Reino de los Hunos) —Varsovia, Praga y Budapest son capitales europeas. Los europeos del Este y del Oeste han de conservar un concepto de “Gesamteuropa”, Europa en su totalidad—. Pero cualquier tentativa abrupta de rescindir los bloques destruiría estructuras a partir de las cuales, en cualquier caso, pueden desarrollarse nuevas estructuras.

Gesamteuropa —Europa en su totalidad— no constituye una alternativa ante Europa occidental: antes bien, la unidad de Europa occidental es *conditio sine qua non* para la gradual creación de estructuras que abarquen al Este y al Oeste. Sólo si los europeos occidentales ganan una mayor independencia con respecto a su potencia hegemónica norteamericana existirá la oportunidad de que Europa oriental adquiera una mayor libertad de movimientos en relación a su potencia hegemónica soviética. Pero una emancipación de Europa *contra* las respectivas potencias hegemónicas

destruiría, aun cuando éstas lo tolerasen, el precario equilibrio de la seguridad. Y la condición previa para una nueva estructura de la paz es seguridad militar —o, en cualquier caso, lo que las respectivas élites consideran como seguridad y lo que es aceptado como seguridad por los pueblos, en la medida que éstos puedan decir algo.

Lo que Europa necesita ahora, en vista de las iniciativas de Gorbachov, en parte audaces, en parte osadamente demagógicas, es una *segunda Ostpolitik*. A diferencia de la primera *Ostpolitik*, que en afanoso trabajo de filigrana tuvo que desactivar los explosivos políticos esparcidos por la Segunda Guerra Mundial, esta segunda *Ostpolitik* tiene que estar enfocada a un régimen de paz duradero. Desde el punto de vista del método, esto quiere decir que hemos de intentar asegurar una posición, exactamente calculada, de distensión contra reveses que puedan provocar fuerzas derechistas populistas en el Oeste y contra el resurgir, con renovado vigor, de los “halcones” en el Kremlin. Tal exige acentuar todavía más el *containment* recíproco; que se tengan en cuenta, con mayor conocimiento de causa, los complicados procesos de control en cada uno de los campos. En lo esencial, una *segunda Ostpolitik* abarca tres elementos: Primero: desarme en “Mitteleuropa” (Europa central*), por ejemplo, una zona libre de armas químicas, un corredor desnuclearizado, reducción de las tropas convencionales en ambas partes, el Plan Jaruselski, etc. Segundo: intensificación de los contactos económicos entre empresas occidentales y orientales (*joint ventures*), entre Estados de Europa occidental y de Europa oriental, entre CEE y Comecón. Tercero: el establecimiento y desarrollo de relaciones culturales *sistemáticas* entre los países de “Mitteleuropa”, estrechamente emparentados en lo espiritual.

Pero hasta el momento no hay una “Europa” que pudiese practicar esta política. Sólo pueden asociarse para tal fin común países individuales. Aquí, Francia y la República Federal de Alemania tienen que asumir una especial responsabilidad, aunque no con actos simbólicos, sino con una política elaborada con gran tesón. No basta con que los principales estadistas de ambos países jueguen a ser Adenauer y De Gaulle y se cojan de la mano en viejos campos de batalla. Tendrían que superar las tenaces resistencias en sus propios países y conseguir una cooperación concreta de ambos países en la defensa convencional. Tan sólo semejante paso ofrecería la posibilidad de abandonar el círculo de una doctrina defensiva extenuada.

Pues quien quiera la autoafirmación de Europa ha de estar también dispuesto a soportar las cargas que impone una mayor autonomía. Tiene poco sentido esperar hasta que algún día se colme el vaso en los Estados Unidos y el Congreso obligue a un Presidente a reducir unilateralmente la presencia estadounidense en Europa. La izquierda europea ha de hallar el valor suficiente para dar el primer impulso a un proceso realista, europeo-norteamericano, en el que la disminución de las tropas norteamericanas (hasta un mínimo irrenunciable) se inserte en negociaciones de desarme con la Unión Soviética.

* / “Mitteleuropa” es, desde Alemania, la Europa comprendida desde el río Rin a Polonia, Checoslovaquia y Hungría incluidas.

¿Puede ponerse de acuerdo sobre tales conceptos la izquierda europea, encerrada en la cápsula de lo nacional y bastante lejos de estar unida? A finales del siglo XX, la política exterior ya no es el juego de enredos diplomáticos de caballerescos tunantes; pero tampoco es una “teología de la no beligerencia” (Régis Debray). La izquierda ha de tener bien presente que en el año 1945 no sólo se derrumbó el Reich hitleriano, sino que se cerró toda una época: la época del Estado nacional. Podría haber sido también el final de Europa; o un nuevo comienzo.

10. Pragmatismo republicano

EN LA FAMOSA NOVELA DE HEINRICH BOLL *Los silencios recopilados del Dr. Murk* se obliga a un redactor de la Radio a sustituir la palabra “Dios”, que aparece cien veces en un manuscrito, por las palabras: “aquel Ser supremo, al que veneramos”. Siguiendo inconscientemente este ejemplo, muchos destacados exponentes de la izquierda tachan hoy la palabra “progreso” en los borradores de los discursos que les preparan sus secretarios y escriben el concepto neutral de “desarrollo”. En un tal clima intelectual, ¿puede hacerse la tentativa de aferrarse a la tradición de la Ilustración y a la idea del pensamiento progresista? ¿Tendremos una oportunidad de ser escuchados, cuando abogamos por no desguazar el concepto de progreso, sino reconstruirlo social y ecológicamente? Podemos hacernos escuchar si intercedemos por una nueva capacidad de diálogo entre las élites científicas y políticas, encerradas cada una en su respectivo búnker.

No es esto una defensa de la modernización sin reforma o del optimismo sin fondo de quienes coquetean con la actitud de pioneros pletóricos de vitalidad e imbuidos de fe en la Ciencia. Una izquierda que pierda el contacto con los movimientos de emancipación ecológicos o pacifistas se vería desplazada de la vida cotidiana de millones de personas. La izquierda ha de luchar por una modernidad en la que el individuo conserve su “capacidad para el miedo”. El intento de olvidar las siniestras experiencias que ha hecho el siglo XX con un progreso destructivo, estaría condenado a fracasar amargamente. Por lo demás, aquí reside uno de los puntos de disputa entre los socialdemócratas alemanes y los socialistas franceses: nosotros consideramos como la falsa modernidad el costoso simbolismo del “Concorde”.

Pero una izquierda que, agotada por la Historia malograda, no descubra en el presente ninguna referencia de futuro, se extingue. La derecha siempre puede absorber mejor que la izquierda los talentos culturales pesimistas. La duda pos moderna respecto a la factibilidad y la política (que en formulación extrema reza: es ingenuo optimismo creer que los problemas sociales pudieran solucionarse), hace el juego al neoliberalismo. La política se diluye en auto-organización y moral, que es precisamente lo que necesita una pequeña burguesía de recia vitalidad. Próximamente, Margaret Thatcher concederá licencias para centrales nucleares y cárceles privadas.

Pues para el neoliberalismo, la dinámica tecnológica es, por así decirlo, “suprapolítica”: “imperativo objetivo” (Sachzwang). Para él —desregulación/privatización— la lucha por la justicia social es prepolítica,

destruiría, aun cuando éstas lo tolerasen, el precario equilibrio de la seguridad. Y la condición previa para una nueva estructura de la paz es seguridad militar —o, en cualquier caso, lo que las respectivas élites consideraran como seguridad y lo que es aceptado como seguridad por los pueblos, en la medida que éstos puedan decir algo.

Lo que Europa necesita ahora, en vista de las iniciativas de Gorbachov, en parte audaces, en parte osadamente demagógicas, es una *segunda Ostpolitik*. A diferencia de la primera *Ostpolitik*, que en afanoso trabajo de filigrana tuvo que desactivar los explosivos políticos esparcidos por la Segunda Guerra Mundial, esta segunda *Ostpolitik* tiene que estar enfocada a un régimen de paz duradero. Desde el punto de vista del método, esto quiere decir que hemos de intentar asegurar una posición, exactamente calculada, de distensión contra reveses que puedan provocar fuerzas derechistas populistas en el Oeste y contra el resurgir, con renovado vigor, de los “halcones” en el Kremlin. Tal exige acentuar todavía más el *containment* recíproco; que se tengan en cuenta, con mayor conocimiento de causa, los complicados procesos de control en cada uno de los campos. En lo esencial, una *segunda Ostpolitik* abarca tres elementos: Primero: desarme en “Mitteleuropa” (Europa central*), por ejemplo, una zona libre de armas químicas, un corredor desnuclearizado, reducción de las tropas convencionales en ambas partes, el Plan Jaruselski, etc. Segundo: intensificación de los contactos económicos entre empresas occidentales y orientales (*joint ventures*), entre Estados de Europa occidental y de Europa oriental, entre CEE y Comecón. Tercero: el establecimiento y desarrollo de relaciones culturales *sistemáticas* entre los países de “Mitteleuropa”, estrechamente emparentados en lo espiritual.

Pero hasta el momento no hay una “Europa” que pudiese practicar esta política. Sólo pueden asociarse para tal fin común países individuales. Aquí, Francia y la República Federal de Alemania tienen que asumir una especial responsabilidad, aunque no con actos simbólicos, sino con una política elaborada con gran tesón. No basta con que los principales estadistas de ambos países jueguen a ser Adenauer y De Gaulle y se cojan de la mano en viejos campos de batalla. Tendrían que superar las tenaces resistencias en sus propios países y conseguir una cooperación concreta de ambos países en la defensa convencional. Tan sólo semejante paso ofrecería la posibilidad de abandonar el círculo de una doctrina defensiva extenuada.

Pues quien quiera la autoafirmación de Europa ha de estar también dispuesto a soportar las cargas que impone una mayor autonomía. Tiene poco sentido esperar hasta que algún día se colme el vaso en los Estados Unidos y el Congreso obligue a un Presidente a reducir unilateralmente la presencia estadounidense en Europa. La izquierda europea ha de hallar el valor suficiente para dar el primer impulso a un proceso realista, europeo-norteamericano, en el que la disminución de las tropas norteamericanas (hasta un Mínimo irrenunciable) se inserte en negociaciones de desarme con la Unión Soviética.

*/ “Mitteleuropa” es, desde Alemania, la Europa comprendida desde el río Rin a Polonia, Checoslovaquia y Hungría incluidas.

¿Puede ponerse de acuerdo sobre tales conceptos la izquierda europea, encerrada en la cápsula de lo nacional y bastante lejos de estar unida? A finales del siglo XX, la política exterior ya no es el juego de enredos diplomáticos de caballerescos tunantes; pero tampoco es una “teología de la no beligerencia” (Régis Debray). La izquierda ha de tener bien presente que en el año 1945 no sólo se derrumbó el Reich hitleriano, sino que se cerró toda una época: la época del Estado nacional. Podría haber sido también el final de Europa; o un nuevo comienzo.

10. Pragmatismo republicano

EN LA FAMOSA NOVELA DE HEINRICH BOLL *Los silencios recopilados del Dr. Murk* se obliga a un redactor de la Radio a sustituir la palabra “Dios”, que aparece cien veces en un manuscrito, por las palabras: “aquel Ser supremo, al que veneramos”. Siguiendo inconscientemente este ejemplo, muchos destacados exponentes de la izquierda tachan hoy la palabra “progreso” en los borradores de los discursos que les preparan sus secretarios y escriben el concepto neutral de “desarrollo”. En un tal clima intelectual, ¿puede hacerse la tentativa de aferrarse a la tradición de la Ilustración y a la idea del pensamiento progresista? ¿Tendremos una oportunidad de ser escuchados, cuando abogamos por no desguazar el concepto de progreso, sino reconstruirlo social y ecológicamente? Podemos hacernos escuchar si intercedemos por una nueva capacidad de diálogo entre las élites científicas y políticas, encerradas cada una en su respectivo búnker.

No es esto una defensa de la modernización sin reforma o del optimismo sin fondo de quienes coquetean con la actitud de pioneros pletóricos de vitalidad e imbuidos de fe en la Ciencia. Una izquierda que pierda el contacto con los movimientos de emancipación ecológicos o pacifistas se vería desplazada de la vida cotidiana de millones de personas. La izquierda ha de luchar por una modernidad en la que el individuo conserve su “capacidad para el miedo”. El intento de olvidar las siniestras experiencias que ha hecho el siglo XX con un progreso destructivo, estaría condenado a fracasar amargamente. Por lo demás, aquí reside uno de los puntos de disputa entre los socialdemócratas alemanes y los socialistas franceses: nosotros consideramos como la falsa modernidad el costoso simbolismo del “Concorde”.

Pero una izquierda que, agotada por la Historia malograda, no descubra en el presente ninguna referencia de futuro, se extingue. La derecha siempre puede absorber mejor que la izquierda los talentos culturales pesimistas. La duda pos moderna respecto a la factibilidad y la política (que en formulación extrema reza: es ingenuo optimismo creer que los problemas sociales pudieran solucionarse), hace el juego al neoliberalismo. La política se diluye en auto-organización y moral, que es precisamente lo que necesita una pequeña burguesía de recia vitalidad. Próximamente, Margaret Thatcher concederá licencias para centrales nucleares y cárceles privadas.

Pues para el neoliberalismo, la dinámica tecnológica es, por así decirlo, “suprapolítica”: “imperativo objetivo” (Sachzwang). Para él —desregulación/privatización— la lucha por la justicia social es prepolítica,

particular. Con ello casi se hace desaparecer al Estado infraestructural y al Estado social; la clase política se hace casi obsoleta. Esto es naturalmente el vivo retrato del antimodernismo: se anula la ascensión de la idea del Estado, se retorna, por así decirlo, al sinnúmero de autoridades (privadas) de la Edad Media. Pero ¿quién se da cuenta? Se ha hecho irrisoria la idea del Estado como “concentración antiegoísta de la voluntad sobre metas existenciales comunes” (Ernst Troeltsch). Mientras que una parte de la izquierda participe en las carcajadas, esta izquierda carecerá de posibilidades de llegar al poder.

Si, una parte de la izquierda también participa en la burla. No se ríe con estridencias, más bien con resignación; pero se ríe. No sólo los Verdes y algunos de los nuevos movimientos sociales están impregnados del espíritu posmoderno; también muchos partidos socialistas y socialdemócratas e incluso este o aquel sindicato de empleados privados, de maestros o periodistas tienen alas o alitas posmodernas. Nietzsche y Heidegger, si bien en versión francesa, se disponen a desplazar a Marx. Fue acertado que la mayoría de las organizaciones de la izquierda europea se hayan desprendido de determinadas recetas maravillosas marxistas (no marxianas), entre ellas el frenesí de la nacionalización. Pero en la actualidad se están pasando. Con engreído misticismo y con un “pesimismo de pecados sin Dios” no es posible conducir a los trabajadores cualificados (cuyo número va decreciendo) ni al (creciente) número de empleados hacia el siglo XXI.

La Política no es de ninguna manera sólo un ámbito del Estado; mucho de lo que antes era “privado” se ha politizado necesariamente en los últimos años. Pero antes de que la izquierda, o importantes contingentes de la misma, se retire con resignación al mundo de la sub- o la micropolítica, debería analizar si la incapacidad actual de la política para combatir con efectividad la crisis del endeudamiento mundial, el desempleo o la destrucción del medio ambiente, no reside en déficit *institucionales* perfectamente descriptibles. Puede que sea enormemente difícil, incluso imposible, dotar a los fondos monetarios internacionales, como ya lo había propuesto Keynes en 1944, con adecuadas reservas y un oportuno mandato, para convertirlo de nuevo en una instancia de dirección, capaz de actuar, en un nuevo orden keynesiano. Pero los obstáculos que se oponen a tal solución no residen ni en la impenetrable complejidad del “sistema”, tan de moda, ni (sólo o sobre todo) en la falta de moral de los políticos. Puede casi carecer de cualquier probabilidad de éxito tratar de convencer al desavenido Consejo de Ministros de la Comunidad Europea para que tome por las riendas a los mercados del eurodólar y coordinen sensatamente su política monetaria. Pero esto no se lo debemos a miticas leyes de una moderna sociedad funcional, sino a nuestra propia incapacidad. ¿Quizá, en vez de una moralización fundamentalista (que también significa siempre privatización), sería conveniente un nuevo institucionalismo? Ciertamente es oportuno controlar a la clase política y velar por que se corte la corruptela, la estafa y el enriquecimiento ilegal. Pero los brutales problemas de nuestro mundo no se solucionan porque los políticos dejen de acostarse con fotomodelos, porque se reduzcan en la mitad sus ingresos y porque sólo vuelen en la *business-class*. Los políticos no deberían

ser únicamente más “auténticos”; deberían hacer también propuestas sensatas y cultivar el talento de captar para sus propuestas a la gente que vive en la otra orilla. La izquierda europea necesita más pragmatismo republicano, si quiere triunfar. Y además, más sensibilidad para “la gente de la otra orilla”.

Naturalmente, la casa europea tiene muchos pisos. La amenaza posmoderna actúa en la República Federal de Alemania, en Austria, en los Países Bajos, Escandinavia. En Francia ha impregnado de ácido a la *intelligentsia*, pero apenas ha alcanzado al partido socialista. En Inglaterra es desconocida. Una reorientación hacia el sector productivo es acuciante para la izquierda alemana, irrelevante para la izquierda francesa. La orientación ecológica se ha impuesto entre los alemanes, entre los franceses es polémica. En algunos países los sindicatos están debilitados con grave peligro para sus vidas; en otros, por el contrario, han producido una nueva línea, alumbrando una nueva generación de firmes dirigentes. Y mientras que la escisión de la izquierda inglesa se ha dado “hacia la derecha” (el SDP), los italianos se atormentan en una competencia comunista-socialista y los alemanes en otra rojiverde.

Dos imperativos son, sin embargo, válidos para todos: en formación nacional, la izquierda forzosamente traiciona hoy su programa; o desarrolla un nuevo internacionalismo, esto es, una orientación europea, o se descompondrá. Y no debe llevar la desideologización hasta la pérdida de identidad. Si comienza a negar la razón en la Historia, siempre en peligro, siempre pugnando por su vida, pero “existente” (Hegel), la izquierda se habrá hecho a sí misma superflua. En tal supuesto, sus organizaciones podrán sobrevivir todavía un par de años o incluso décadas como “filibusteros posmodernos”; pero su utopía quedaría refutada; su labor histórica habría sido en vano.

Los diccionarios definen el **Leviatan** como ‘un monstruo marino lleno de maldad, enemigo de los hombres’. En 1651, Thomas Hobbes aplicó este término para titular un libro donde el pensador británico describe al estado soberano. Tres siglos y medio después usamos este mismo término cuando queremos llamar la atención sobre los peligros inherentes al sector público en expansión en la sociedad moderna.

James Buchanan, 1975.